

preocupados y personas solidarias que coordinan, acompañan. Muchos mañana trabajarán y luego volverán. Hay gentes entradas en años, que antaño defendieron su propia libertad y no han olvidado. No es casualidad que este movimiento haya empezado en las iglesias.

No hay nada que hacer, dicen machaconamente nuestros representantes. Bien cierto, que se puede hacer tanto. La desgracia no sólo ocurre a miles de kilómetros. En varias iglesias barcelonesas, en numerosas familias venidas de otras partes hay un inmenso campo para que la generosidad, la solidaridad se plasme en un mejor futuro.

Pasan los días. Los encerrados languidecen. Pero no es un tema de salud. Paulatinamente surgen los artículos de opinión y se toma partido. La protesta da conciencia de la existencia de un problema en nuestro pueblo de emigrantes y anfitriones hospitalarios.

El corazón antes que la razón. Aún sin saber

cuál puede ser una buena solución, los ciudadanos traen azúcar, mantas, agua, brindan sus esfuerzos y su tiempo. En ocasiones como ésta es fácil reencontrarse con el problema desde la persona doliente, el marco individual. El dolor tiene nombre y un futuro incierto en el fondo de los ojos que están enfrente. El dolor nos hace recelar de estadísticas y declaraciones que justifican que unos estén más estrechos, para que otros estén más anchos.

No puede haber creencia, ni religión que defienda acotar nuestro bienestar de mundo desarrollado. Pasarán los partidos y se derogarán las leyes. La solidaridad dejará de ejercerse desde el sillón de lectura del periódico o viendo los desastres naturales por la televisión, con aire preocupado. Hay que encontrar salida a esta situación. Con imaginación y generosidad, compartiendo. Porque ya no va a ser posible, por mucho tiempo, que la riqueza de la tierra esté en manos de muy pocos. □

Del Pi a Porto Alegre

TONI COMÍN

L

os cristianos creen en varias cosas. Creen, por ejemplo, que la humanidad es una única familia y que todos los habitantes del planeta son hermanos y hermanas, hijos todos ellos de un mismo Padre común que les quiere tanto que no sólo les ha dado la vida, sino que ha dado la vida por ellos. Luego, creen en una cosa que la doctrina tradicional llamaba “destino universal o destino común de los bienes de la tierra”. Esta creencia, hoy más bien en desuso, viene a decir que los bienes materiales no son propiedad privada de nadie, sino que los hombres solamente somos, por así decirlo, sus usufructuarios; y que los bienes están al servicio de la realización de los seres humanos y que por lo tanto deberían repartirse entre todos. Como sólo Dios posee plenamente las cosas, los hombres, según los cristianos, deberíamos intentar poseer las cosas a la manera de Dios, es decir, con generosidad.

Mosén Vidal Aunós, mosén Bigordà y mosén Batlle, los párrocos de la iglesia del Pi de Barcelona, deben de ser cristianos. Han abierto las puertas de su iglesia al grupo de inmigrantes *sin papeles* de Barcelona que decidieron hacer una huelga de hambre para protestar contra la entrada en vigor de la nueva Ley de Extranjería. La Ley, efectivamente, contradice el mandato del amor a los hermanos y el del destino común de los bienes. De todas maneras, no hace falta ser cristiano para creer en estos dos mandatos. La Ilustración también creyó en ellos: al primero lo llamó fraternidad, al segundo igualdad. Y

nosotros, hijos posmodernos de la Ilustración, supuestamente también creemos en ellos cuando hablamos de derechos humanos y de ciudadanía.

La nueva Ley de Extranjería es innecesaria, porque la anterior era buena, abierta y realista a tiempo, y contaba con el apoyo de todos –todos– los grupos políticos y ONGs, hasta que un ministro decidió que provocaría un *efecto llamada*. ¡Vaya absurdo! El único –único– efecto llamada es la desigualdad Norte-Sur. La nueva Ley es también inhumana, porque niega a los *sin papeles* derechos que son consustanciales a las personas por el hecho de serlo. Es ingenua, porque cree que dificultando la situación de los *sin papeles* y dificultando la posibilidad de obtener la legalidad se va a “fomentar el hábito de la inmigración legal”, es decir, de la “inmigración bien ordenada”. Nadie habla de abrir las puertas de par en par, pero los inmigrantes no vendrán más o menos por que la ley sea más o menos dura con los *sin papeles*. Además, la nueva Ley es antipedagógica, porque a los ojos de la opinión pública convierte la inmigración en algo conflictivo. Ahora el cincuenta por ciento de los españoles, según el CIS, se atreve a decir que es racista. Sin embargo, la inmigración no es un problema, sino un fenómeno. Y, en la mayoría de casos, es una oportunidad de desarrollo económico y de enriquecimiento cultural, es decir, de progreso social, para el país de acogida. Valgan estos argumentos para quien quiera olvidar que el principal motivo para estar a favor de la inmigración es el mandato ético de la solidaridad. Por último, la nueva Ley probablemente es anticonstitucional.

La humanidad está destinada a la unidad, pero la globalización es una unificación mal

La humanidad está destinada a la unidad, pero la globalización es una unificación mal hecha: en el Norte falta gente y en el Sur, economía

hecha. En el Norte falta gente para tanta economía. En el Sur falta economía para tanta gente. Mientras la globalización siga agrandando las diferencias entre Norte y Sur, la inmigración seguirá llegando, bien o mal ordenada. El Norte y el Sur están destinados al abrazo, pero ahora se abrazan torpemente. Los inmigrantes son como las manos callosas del Sur que intenta aferrarse a los pies de un Norte que corre muy deprisa, y acaba arrastrado por el suelo como un fardo atado a un caballo veloz. Los inversores y las multinacionales son como las manos del Norte que quieren cerrar tratos comerciales con el Sur y en vez de estrecharle la mano lo agarran del cuello y lo acaban ahogando. ¿Cuándo el Norte mandará población a vivir al Sur y el Sur empresas al Norte? Ésta es hoy la utopía.

El Norte no quiere ver la realidad del mundo: sus clases medias satisfechas imponen una ideología de centro que obliga a la socialdemocracia a hacerse suavemente liberal y a olvi-

darse de regular la globalización. Los inmigrantes son un modo maleducado de poner ante los ojos del Norte ciego al Sur pobre y marginado. El Norte, ante tanta violencia visual, sólo tiene dos alternativas: vender su alma a la xenofobia –que no es sólo odio al que viene de otra cultura, que también, sino sobre todo odio al pobre– o bien cambiar las reglas del juego de la economía mundial. En Porto Alegre, durante los mismos días en que los inmigrantes se encerraron a no comer, miles de representantes de movimientos sociales de todo el mundo se encerraron a discutir: discutir fórmulas para democratizar la globalización. Allí se optó por un programa común: Tobin Tax, condonación de la deuda externa, vincular el comercio mundial con unos mínimos derechos sociales obligatorios y tantas otras propuestas ya maduras. Los inmigrantes del Pi nos ponen preguntas; en Porto Alegre unos cuantos intentaron empezar a responderlas. □

Inmigrantes sí, pero ¿cuántos?

Se veía venir. En los últimos años se percibía un cambio paulatino en el paisaje humano de nuestras ciudades y nuestros campos. De pronto, hemos tomado conciencia de que el Sur no está sólo en países remotos sino que también está aquí. Terrassa, El Ejido, las pateras, las mafias, Lorca, la nueva ley, los encierros en las iglesias barcelonesas..., son episodios de este encuentro de enorme trascendencia. Aportaré algunas reflexiones y datos que puedan contribuir al debate sobre esta irrupción incontrolada, intentando ir más allá de las noticias de cada día:

1. Como es sabido, España ha sido tradicionalmente un país de emigrantes. Todavía hoy la cifra de emigrantes españoles en el extranjero supera a la de inmigrantes en nuestro territorio. Estos emigrantes no sólo contribuyeron a la prosperidad española –recordemos la remesas de los años 60– sino también a la de sus países de destino, con múltiples iniciativas. Un ejemplo entre mil: dos emigrantes leoneses, Pabló Díez y Antonino Fernández, fundaron en México, en los años veinte, la Cervecería Modelo, que hoy da trabajo a más de 40.000 personas y cuya marca Corona (Coronita en España) se exporta a más de cien países. Al invertirse el fenómeno y convertirse España en país receptor, la convivencia exitosa dependerá, en buena parte, de la capacidad empresarial, tanto de los españoles como de los inmigrantes extranjeros.

2. Un reciente trabajo de la ONU (*Replacement Migration: Is It a Solution to Declining and Ageing Populations?*, Nueva

York, 2000) estudia para un grupo de ocho países –entre los que no figura España, aunque sí países próximos como Francia o Italia– el número de inmigrantes que serían necesarios para conservar en el año 2050: a) su población total, b) su población activa (15-64 años) y c) la relación entre la población activa y la población de más de 65 años.

Los resultados obtenidos son sorprendentes. Para mantener la población total constante Francia necesita 27.000 inmigrantes cada año, Italia, 235.000 y la Europa de los quince, 863.000 (47,4 millones en todo el periodo considerado). Pero para mantener constante la población activa, Francia necesita 99.000 emigrantes por año, Italia, 357.000 y la Europa de los quince, 1.447.000 (79,6 millones en todo el periodo).

Si se quiere mantener la relación entre la población entre 15-64 años y la población de más de 65 años, las proyecciones se disparan: se necesitan 1,7 millones de inmigrantes por año en Francia, 2,17 en Italia y 12,7 en Europa (700,5 millones en el periodo considerado).

Es evidente que las previsiones anteriores no se cumplirán exactamente, ya que ciertos factores variarán: las tasas de natalidad y mortalidad, el nivel de paro, la esperanza de vida... No obstante, con estas premisas, la cifra que la ONU recomienda a España –100.000 trabajadores extranjeros cada año– no parece exagerada. En 1999 y 2000 el cupo fue de 30.000 permisos/año, cifra que la ONU considera “claramente insuficiente”. Hay un margen notable para el incremento de la inmigración.

3. El presidente alemán Schröder habló hace unos meses de la necesidad de “importar” 30.000 informáticos, especialmente de los países del Este

En 2000 el cupo en España fue de 30.000 permisos. La ONU nos recomienda 100.000 trabajadores extranjeros anuales